

ANTE LOS MARTIRES DE EL SALVADOR

1. Homilia del P. General, Peter-Hans Kolvenbach, en El Salvador

Santa Tecla (El Salvador), 28 de diciembre de 1989
Día de los Santos Inocentes Mártires

Conscientes de que "la participación en la misma mesa del Cuerpo y Sangre de Cristo, es lo que más nos une en una sola Compañía enteramente consagrada a la misión de Cristo en nuestro mundo" (1), nos reunimos para conmemorar, en acción de gracias, el martirio de nuestros seis hermanos y de nuestras dos colaboradoras. Lo hacemos teniendo presentes también a los miles de salvadoreños víctimas de ésta, ya demasiado larga guerra fratricida.

Nuestra eucaristía se une a tantas otras que se han celebrado en todo el mundo desde ese triste día 16 de noviembre, y en las que han participado miles y miles de personas, para expresar, mediante la comunión al memorial de la pasión de Jesús, no sólo todo el horror y la indignación que ese crimen ha suscitado, sino también la honda convicción de que el martirio de los jesuitas, con y por el pueblo de El Salvador, no será en vano.

El acto litúrgico de esta tarde es, al mismo tiempo, expresión de perdón cristiano y plegaria al Padre común para que El nos otorgue el don del Espíritu de Jesús que es la fuerza que nos hace capaces de seguir anunciando, sin desfallecer, y con nuestro testimonio de vida y de muerte, el "mensaje que hemos oído de Jesucristo" (2).

La festividad de los Santos Inocentes, "que proclamaron la gloria del Señor, "no de palabra sino con su muerte" (3), comporta quizás, el riesgo de despertar en nosotros tan sólo sentimientos de ternura por la suerte de esos pequeños, inocentes e inconscientes, cuya breve existencia tuvo poco en común con la de nuestros hermanos jesuitas que hoy recordamos, y que proclamaron la mayor gloria de Dios, no sólo con una muerte cruenta sino también con muchas palabras de vida.

La dolorosa experiencia que hoy conmemoramos, nos permite entender por qué víctimas del juego político, de una bala perdida, o de una guerra entre hermanos de un mismo pueblo, no son simplemente juguetes de la ciega fatalidad sino que son, en un sentido muy real, verdaderos mártires. Y esto, porque si bien esas personas no pretendían morir, si supieron esperar y acoger su suerte como participación en la pasión de Jesús a la que la vocación cristiana conduce consciente o inconscientemente.

El martirio de los inocentes es semejante al de Cristo. Jesús no desea la muerte por sí misma pero ama al mundo hasta el extremo. Y el escándalo de la cruz —resultado de un proceso jurídico injusto— es la expresión suprema de su amor por nosotros, amor que se manifiesta en toda su plenitud precisamente con la entrega de su vida: "ninguno me la quita, yo la doy voluntariamente" (4).

Con el suplicio misterioso de los inocentes surgía así, y también misteriosamente y para bien de muchos, un nuevo tipo de mártir: el de aquéllos que, contra toda justicia, entregaron sus vidas siguiendo el ejemplo de Cristo, ya prefigurado en los cánticos del Siervo de Dios (5).

Sin ir tras él, pero ciertamente sin desconocerlo como posibi-

lidad muchas veces cercana, nuestros hermanos asumieron su final cruento como la realización máxima de su ministerio sacerdotal, ministerio que les exigía ser la voz fuerte de tantos débiles sin voz. Y es en este contexto donde, una vez más, cobran toda su fuerza profética las palabras que el Padre Arrupe pronunció en 1974, cuando se preparaba el decreto 4º de la Congregación General 32 acerca de la promoción de la fe y de la justicia: "debemos prepararnos a sufrir por causa de este decreto".

La tradición de los Padres de la Iglesia y la de los Apologetas de los primeros tiempos del cristianismo nos enseña que el martirio es un don que el Señor otorga a los que quiere, que el martirio fortalece a la comunidad cristiana, y que ese testimonio es una gracia para todo el Pueblo de Dios.

En la contemplación de los misterios de la Navidad propuestos por San Ignacio en los Ejercicios, nuestros hermanos suplicaron y recibieron la gracia de aprender a mirar y a considerar lo que hacían las personas, "así como es el caminar y trabajar, para que el Señor sea nacido en summa pobreza, y a cabo de tantos trabajos, de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas, para morir en cruz" (6). Misterio único de una cruz que es locura y escándalo pero que engendra la vida.

El P. Jon Sobrino me decía hace poco que, junto con las palabras "solidaridad", "unión" y aun "comunidad", el término que más frecuentemente había escuchado en la Compañía, después de la muerte de los Padres de la Comunidad Universitaria, había sido, el de "fraternidad". No es extraño. El ideal de nuestra vida de compañeros de Jesús —y precisamente porque es El quien nos ha convocado en el amor— es el de que seamos, "no sólo colaboradores en un trabajo común apostólico, sino verdaderos hermanos y amigos en Cristo" (7). La muerte por causa del Evangelio no puede sino ser, como lo comprueban numerosos testimonios, semilla y fruto de una nueva resurrección fraterna para toda la Compañía.

Finalmente, y gracias al martirio de nuestras colaboradoras y de nuestros hermanos —precedido por el de otros muchos, jesuitas y no jesuitas en El Salvador y en el mundo— también la Iglesia entera y, en ella, esta región frecuentemente olvidada y este pueblo trabajador y valiente (8), son fortalecidos en su fe, confirmados en la certeza del mensaje que predicen y estimulados en el compromiso evangélico que desean vivir.

Si los Santos Inocentes nos proponen un ejemplo muy peculiar de martirio, reflejo de la pasión del Siervo Inocente de Isaías, hoy, la Iglesia, en respuesta a los retos de la pobreza y de la injusticia, conoce también nuevos testigos de su fe, de sus enseñanzas y de su compasión (9): la de aquellos hijos suyos que —como nos lo recordaba Monseñor Rivera y Damas— "trabajan y luchan por ir haciendo más digna y humana nuestra convivencia social, cambiando la injusticia por la solidaridad, la violencia por la paz, la muerte por la alegría de vivir" (10).

NOTAS

- (1) CG 32, d.11, n12
- (2) Epístola de la Misa del día: 1 Jn. 1,5
- (3) Oración colecta del día
- (4) Jn. 10-18
- (5) Is 49,1-7 y 52,13-53, 12
- (6) EE 116
- (7) CG 32, d.11, nn.14-15
- (8) Carta 89/23 del 18.12.89 a todos los Superiores Mayores
- (9) EE 197
- (10) Homilía de Mons. Arturo Rivera y Damas del 19.11.89

enero-febrero 1990

2. Homilía del Sr. Cardenal, José Alí Lebrún, en la Iglesia San Francisco

Caracas, Noviembre 18 de 1989

El 16 de noviembre próximo pasado, cuando la Compañía de Jesús celebraba en todo el mundo la fiesta de los Santos Mártires del Paraguay: Roque González, Alfonso Rodríguez y Juan del Castillo, balas asesinas en la República de El Salvador segaban las vidas de seis sacerdotes jesuitas y de dos inocentes mujeres, víctimas todas de una violencia insensata. **Les aseguro que al saber la noticia me conmoví hondamente. Toda muerte lleva en sí la marca bíblica del castigo. Pero cuando esta muerte se convierte en crimen abominable nos invade la protesta y la indignación ante la injusticia.**

La fe cristiana impulsa nuestra caridad fraterna para que nos reunamos con palabra de fe. En medio de lo absurdo e injusto de estas muertes brilla la luz de la feliz resurrección.

Como ovejas en medio de lobos envía Jesucristo, el Señor a los predicadores de su reino. (Cf. Mat. 10,16-18). El reino de Dios se atestigua con la debilidad, en Jesús como también en sus mensajeros. El reino de Dios tiene un máximo poder allí, donde se presenta con la máxima debilidad. Como dice San Pablo: "Pues mi poder se manifiesta en la flaqueza" ... (2 Cor. 12,9). En su muerte se manifiesta para nosotros el poder de Dios. Murieron en el Señor y con su vida y sobre todo con su fin nos trazan un camino que también nosotros sabemos recorrer. He aquí la primera lección que extraigo de su generosa ofrenda de su vida. **El ser compañero de Jesús, es comprometerse a seguirlo en un camino de martirio y de cruz.** Es la respuesta del mismo Maestro Divino a las dudas de los dos discípulos de Emaús: "Insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas. ¿No era necesario que el Cristo padeciera y entrara así en su gloria?". (Luc. 24,25).

Ser compañero de Jesús, significa esforzarse por hacer realidad vivencial aquel coloquio con la Virgen Nuestra Señora que San Ignacio pone en la meditación de las Dos Banderas: "Porque me alcance la gracia de su hijo y Señor, para que yo sea recibido debajo de su bandera, y primero en suma pobreza espiritual, y si su divina majestad fuera servido y me quiera elegir y recibir, no menos en pobreza actual; 2º. en pasar oprobios e injurias por más en ellos le imitar sólo que las pueda pasar sin pecado de ninguna persona ni displacer de su divina majestad y en esto una Ave María. (Ejercicios Espirituales de Dos Banderas n. 147).

Es el seguimiento del Cristo pobre, humilde, expoliado y crucificado. Me complace citar a San Ignacio cuando escribe a la comunidad de la Casa de Pavia: "La amistad con los pobres me ha hecho más amigo de Jesucristo". **Ser compañero de Jesucristo es defender y proteger la dignidad de toda persona humana, que es imagen de Dios.** Toda persona humana, hombre o mujer, el niño, aun el no nacido, el anciano, el santo, el pecador y de manera especial el pobre, el enfermo, el más indefenso en los criterios del mundo, pero los preferidos de Jesucristo. **La situación de una inmensa porción de la Familia humana, que a causa de estructuras injustas viven en condiciones inhumanas nos debe urgir y recordar constantemente que Dios ha tomado partido por los pobres;** según el misterio revelado en Jesucristo como nos enseña San Lucas: "Vino a proclamar la buena noticia a los pobres". (Cf. Luc. 4, 18). **Ahora bien hoy como ayer este heroico esfuerzo suscita oposición y enemistad y odio. Muchos qui-**

sieran seguirlo, pero sin llevar sobre sus hombros la cruz de cada día, sin sacrificar sus bienes y sus caprichos y sin más normas y limitaciones que su propio egoísmo. A esta actitud se opone la clara afirmación del Hijo de Dios: "Si alguno quiere venir en pos de mí niéguese a sí mismo tome su cruz y sígame". Es el mismo Santo Padre Juan Pablo II, el Vicario de Cristo, a quien San Ignacio consideraba como principio y principal fundamento de la Compañía de Jesús, les ha insistido "en la necesidad de promover la acción evangelizadora de la Iglesia", la justicia que unida a la paz mundial es una de las aspiraciones de todos los pueblos. Misión que deben cumplir en conformidad con su vocación de sacerdotes y religiosos sin caer en la tentación de reducir la dimensión de la Iglesia a las dimensiones de un proyecto simplemente moral... (reducir) su mensaje de salvación a un bienestar material (Cf. Homilía de Juan Pablo II, 2-9-1983 Nº 130 Congregación General XXXIII de la Compañía de Jesús). **En la misión de un jesuita lo primero y lo último debe ser la fe en Jesucristo. Fe que sólo se vivifica en las obras de amor y de justicia.** Desde que comenzó la Compañía de Jesús la misión de sus miembros ha sido buscar la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas, hoy la fidelidad a esa vocación exige "comprometerse bajo el estandarte de la cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige". Motivados por esas reflexiones en comunión con el Papa y con toda la Iglesia **reprobamos este horrendo asesinato.** En las manos inmaculadas de la Virgen Santísima, Madre y Reina de la Compañía de Jesús pongamos nuestras súplicas para que este abominable crimen conduzca a todos a rechazar la violencia y a respetar la vida de los hermanos y con su materna influencia influya en las partes involucradas en la lucha para que detengan ese derramamiento de sangre, innecesario; que clama el cielo.

(La Religión 19-11-89).

3. Palabras del P. Provincial, Ignacio Huarte, S.J., en la Iglesia de San Francisco

Caracas, Noviembre, 18 de 1989

Heb. 11, 1.35 b-38; 1-2-
Salmo 2, vv. 1, 2, 3, 4
Mt 10, 16-18 y 26-28

*Nuestro corazón está sangrando
y nuestra carne llora
y la memoria de nuestro Señor Jesús, convierte nuestro dolor
en gracia-purificación-misericordia-compromiso-verdad.*

En la fecha en que celebramos el recuerdo de nuestros hermanos jesuitas mártires del Paraguay: S. Roque González y compañeros y ocho días antes del martirio de nuestro Beato mexicano: Miguel Agustín Pro, 6 hermanos nuestros jesuitas del Salvador han dado su vida por fidelidad al evangelio, por permanecer en sus puestos de vida y trabajo, como consecuencia de su opción de fe-justicia.

No hay familia religiosa que en la Iglesia Latinoamericana no lllore el martirio de algunos de sus hermanos.

Y qué pueblo está libre de sacrificio de tantos hombres y mujeres que han dado su vida por un mundo más fraterno.

Lo brutal de la tortura, calificado duramente por el Santo Padre, tantos obispos y conferencias episcopales y los conocedores del hecho, el ensañamiento tan bárbaro, la muerte con bulto, resaltan la persecución que en América Latina sufren quienes toman en serio su vocación de seguidores de Jesús.

Habían sido amenazados. Voces prudentes les decían que huyeran del lugar del peligro y sencillamente no lo quisieron hacer por deber de conciencia, por solidaridad con el pueblo sufrido de El Salvador.

Hace unos años, nuestro P. General, P. Arrupe, nos previno al decirnos claramente: "Hace falta que nuestra congregación sea bien consciente de que la justicia del Evangelio ha de ser la predicada por la cruz y desde la cruz. Si queremos trabajar por la justicia seriamente y hasta las últimas consecuencias (y esto nos pide a nosotros el radicalismo evangélico ignaciano) enseguida aparecerá la cruz y con frecuencia acompañada de acervos dolores. Pues si somos fieles a nuestro carisma sacerdotal y religioso, y actuamos con prudencia veremos alzarse contra nosotros a los hacedores de la injusticia en la sociedad industrial moderna, que a veces se tienen por óptimos cristianos, y con frecuencia pueden ser nuestros bienhechores, amigos o familiares. Nos acusarán de marxismo y de subversión, nos negarán la amistad, la confianza y la ayuda económica" (C.G.XXX II, 75).

Todos son hermanos nuestros, cercanos, con ellos convivimos, con ellos compartimos nuestra común vocación, (estos días salen a relucir fotografías de hace años con algunos de ellos en nuestra vida de estudiante). Hoy resaltan sus fotos en la prensa internacional testimonio de la masacre que padecieron.

Su ascendiente intelectual, su capacidad gestora, su claridad de análisis de los hechos y sus causas, no lo pudieron soportar sus verdugos y por 'eso les arrancaron el cerebro'. Lo macabro nos deja consternados.

Y éstos tienen quien los defienda, éstos tienen organismos internacionales que protesten por su masacre. Y tantos hermanos nuestros, aquí y allá, que son torturados, pobres anónimos, también perseguidos, también asesinados.

¿Por qué los mataron? No nos preguntamos por venganza. Se quiere la verdad y la justicia:

- porque su fe y su protesta valiente resultaba incómoda,
- porque los enemigos del bien, los enemigos de la fraternidad, no soportaban su reciedumbre intelectual comprometida,
- porque querían una paz construida sobre los derechos de los pobres,
- porque querían evangelizar la cultura sobre la justicia,
- porque seguidores de Jesús en radicalidad evangélica, vivían en un país convulsionado por la injusticia, por el predominio prepotente de los pocos contra las mayorías empobrecidas,
- porque eran testigos del clamor de los pobres,
- porque eran testigos del amor de Dios que nos quiere a todos hermanos.

¿Quiénes lo hicieron? ¿Podemos preguntar esto en el templo? ¿por qué no dejamos que los muertos entierren a sus muertos... que no haya sino silencio sobre el hecho... que sólo digamos un verbo de consuelo...?

También Jesús en el evangelio hace su juicio, sobre personas que tienen nombre y rostro, sobre instituciones, militares, paramilitares, ejércitos, escuadrones. Jesús dice en S. Juan: "Llegará incluso una hora cuando el que les dé muerte pensará que da culto a Dios. Y eso lo harán porque no han conocido ni al Padre ni a mí".

Sí con misericordia, pero también con verdad, decimos que hay asesinos y también culpables:

- los que creen que así rinden culto a Dios,

- los que en la lógica del mundo quieren que las cosas sigan igual,
- los que mataron a Mons. Romero (como dice Mons. Rivera y Damas),
- los que introducen la sospecha sobre los cristianos comprometidos,
- los que desconocen al Dios verdadero, de la vida, que está cerca de las mayorías,
- los que pretenden con la forma sutil o gruesa de la barbarie, acallar la voz de la conciencia, de la fe, del evangelio.
- los que silencian a los testigos,
- los que quieren dejar a los pobres como están: desprotegidos, desorganizados, con hambre,
- los que en el pueblo crucificado, crucifican a los testigos,
- los que contribuimos con la situación de injusticia
 - con nuestras omisiones prudentes,
 - con nuestras inercias y rutinas silenciadoras,
 - cuando pedimos un compás de espera en nuestras acciones y decimos que todavía no es el tiempo, no es oportuno, no se entenderá...
 - cuando predicamos palabras aguadas y decimos que son de Jesús,
 - cuando vivimos sin coherencia evangélica,
 - cuando somos ajenos y distantes a la realidad de la vida y sus amenazas.

Por eso tenemos que tener misericordia y tenernos misericordia, pero purificarnos y animarnos en nuestro compromiso.

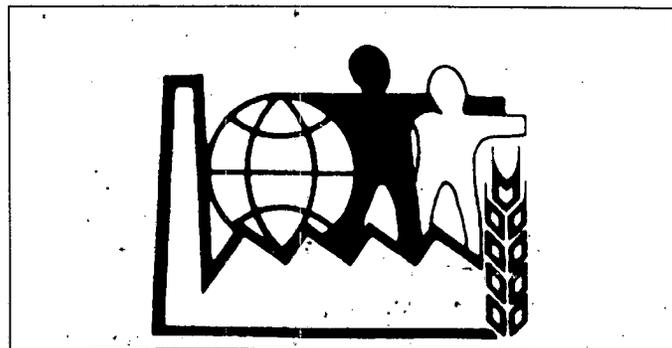
Dios concedió a Mons. Romero la gracia de la conversión al evangelio (como él mismo confesaba) a raíz y como mediación sobre todo del asesinato de su amigo y consejero Rutilio Grande.

¿Por qué Dios no nos lo concederá a nosotros todos?

En clave del comunicado que los provinciales de la Compañía de Jesús comunicamos "como miembros de la Compañía, sentimos que la nueva evangelización implica la necesidad de nuestra conversión personal, de una mayor coherencia de vida y de trabajo, de una vida evangélicamente más radical de una renovación personal y comunitaria en los Ejercicios, en nuestro carisma, particularmente en el seguimiento de un Jesús pobre y humilde que opta por los pobres".

Todos tenemos nuevos intercesores. Que pidan a Dios para nosotros esta gracia:

- que la paz se instaure y contribuyamos desde la justicia a construirla en todo el mundo y especialmente en Centro América,
- que esta sangre sea semilla de verdaderos cristianos,
- que tengamos la fuerza para seguir con nuestro compromiso,
- Ya varios jesuitas de Venezuela se han ofrecido a suplir a estos hermanos nuestros allí.
- Gracias por los gestos de solidaridad del Sr. Nuncio, del Sr. Cardenal, de los obispos y tantos que con nosotros se han solidarizado.
- gracias por su participación orante en el día de hoy.



4. Entrevista a Jon Sobrino

El conocido teólogo Jon Sobrino es uno de los dos sobrevivientes de la comunidad asesinada. Participaba en ese momento en un congreso de teología en Tailandia. La entrevista fue realizada el 30 de noviembre por la revista National Jesuit News (N. de la R.)

NJN: ¿Cómo se han desarrollado sus pensamientos y sentimientos en las dos semanas transcurridas desde la masacre en El Salvador?

Sobrino: Bueno, como ustedes saben los jesuitas que fueron muertos eran miembros de mi comunidad. Yo he vivido 16 años con algunos de ellos. Estábamos muy cercanos unos con otros. Trabajábamos juntos, ellos eran mi familia. Cuando supe la noticia quedé horrorizado y sentí esa gran pérdida como si hubiera muerto mi familia aunque yo todavía tengo muchos amigos entre los jesuitas. Personalmente fue algo duro para mí. La semana pasada yo sentía como si nada fuera completamente real. Entonces desde luego he tratado de reaccionar poco a poco, tenemos que seguir adelante, estamos obligados para con ellos a continuar trabajando.

Cuando oí las primeras reacciones internacionales y especialmente en El Salvador sobre los asesinatos entonces tuve más esperanzas, ahora dos semanas más tarde mis senti-

mientos en alguna manera han cambiado. Todavía me hace sentir mal esto de las matanzas pero lo que realmente me preocupa es la situación del país. La guerra y la lucha no están disminuyendo sino aumentando. Yo conozco ahora un poco más acerca del número de la gente que murió la semana pasada y cuantos miles de casas pobres han sido destruidas. Yo oigo que los escuadrones de la muerte todavía están activos, así tengo un sentimiento de dolor por el país. En este momento no le veo ninguna posibilidad de que pueda venir pronto la paz.

Me he encontrado ahora más animado después de oír las formas de reaccionar de los ciudadanos norteamericanos, religiosos, líderes religiosos y algunas cosas que yo he oído acerca de los congresantes. Espero que habrá una buena reacción en este país, de tal manera que pueda cambiar la administración de Bush en su política sobre El Salvador y que los líderes de este país puedan realmente mirar a la realidad de El Salvador.

El Salvador no es solamente la FMLN y el gobierno. Esto es lenguaje político. El Salvador real es más que esto y más hondo que esto. Entonces yo me encuentro más animado al pensar que es posible que los EE.UU. cambien su política de tal manera que ellos puedan mirar al pueblo real. La guerra es intolerable. Diez años de guerra han empobrecido al pueblo, ha producido 1.250.000 de refugiados y la muerte de 70 mil personas del pueblo. Esto tiene que detenerse.

NJN: ¿Qué piensa Ud. que reserva el futuro para los jesuitas y las instituciones jesuíticas en El Salvador?

Sobrino: En este momento el futuro es oscuro, por lo que he oído, los jesuitas están haciendo su trabajo, por ejemplo, en el colegio cerca de 1.000 refugiados han encontrado sitio para vivir y comer. La Universidad, pienso, ha sido abierta, entonces en este futuro inmediato ellos están reaccionando normalmente, pero la situación es oscura, existen todavía amenazas sobre jesuitas prominentes y he oído que el padre provincial ha recibido amenazas y también el presidente de la Universidad. Yo pienso que lo primero que tenemos que hacer es ser conscientes de nuestra situación, la pérdida irreparable de estos seis jesuitas, aun con la ayuda de otros jesuitas del mundo. Yo he oído que jesuitas de España, Brasil y de los EE.UU. se han ofrecido voluntariamente para venir. Tal vez podemos seguir adelante y esperar el reemplazo de la nueva generación de jesuitas. Tenemos muchas vocaciones. Espero que en cinco o seis años esta nueva generación de jesuitas centroamericanos asumirá nuestro trabajo. Espero que ellos no se van a desanimar. En último análisis nos sentimos obligados para con los jesuitas, porque como Ud. recuerda el P. Rutilio Grande también fue asesinado, pero en un análisis más profun-

do nos sentimos obligados para con el pueblo, el pueblo quiere que nosotros continuemos, que sigamos trabajando, que lo defendamos, que digamos la verdad, yo espero que todo esto nos ayude a seguir adelante.

NJN: ¿Cómo cree Ud. que pueden ayudar los jesuitas de los Estados Unidos?

Sobrino: Bueno, yo no quiero hacer sugerencias concretas, yo diría en general que los jesuitas de los EE.UU. pudieran conocer la verdad de todo esto, obviamente ellos están conmovidos y saben lo que ha sucedido a los jesuitas, pero pienso que ellos deberían esforzarse más para conocer la verdad acerca del país. En segundo lugar, podrían difundir esta verdad a su alrededor, en las parroquias, en las predicaciones los domingos y en los medios de comunicación y ciertamente en los numerosos colegios y universidades. Sólo esto es muy importante porque decir la verdad es la mejor manera de educar a los demás, y esto podría ayudar a crear un movimiento de muchos ciudadanos norteamericanos hombres y mujeres.

Desde luego, también algunas acciones más concretas, yo pienso que los padres provinciales han publicado ya un manifiesto, yo espero que los colegios y las universidades dirigidas por jesuitas también hagan públicos sus mensajes, ellos también pueden hacer algo para ayudar a los salvadoreños que viven en los EE.UU.

Obviamente la cosa más importante sería presionar al gobierno como yo lo he dicho para que cambie su política, los EE.UU. tienen un poder muy grande y ese poder debería ser usado en el presente momento en El Salvador para promover el diálogo y las negociaciones y ponerle fin a la guerra.



El P. Jon Sobrino conversa con el P. General